# EL TRAJE MARRON DE FRANELA

## por José Luis Velasco

***Todo empezó con la aparición de unas pequeñas manchas en la solapa que poco después desaparecieron dejando un ascéptico olor a quitamanchas... Luego fue lo de los botones desprendidos que... Y luego...***
***¿Cómo aceptar que aquel traje le estuviese enviando señales?***
***¿Estaría perdiendo la razón?***

**Cada vez que mi marido se marcha de viaje, esos largos recorridos que duran tres y cuatro meses, me asaltan inquietantes temores.**
**Es un buen viajante. Cubre una zona muy amplia por el centro.**
**Tarde tres o cuatro meses en rematarla, visitando una a una todas las droguerías de la región.**
**Cada vez que mi marido se marcha de viaje, esos largos recorridos que duran tres y cuatro meses…**
**Bueno, lo confieso, me quedo en la soledad de nuestro piso modesto encogida, llena de temores…**
**¡Ocurren tantas cosas!**
**Accidentes, robos, atracos, atentados, secuestros.**
**Esta mañana se ha marchado mi marido para iniciar uno de esos largos viajes de tres o cuatro meses…**
**Disgustado.**
**Sí, del todo disgustado.**
**No se ha podido llevar su traje de franela marrón.**
**El es sumamente cuidadoso; un traje de franela marrón le dura seis o siete años. Porque es sumamente cuidadoso.**
**Cuando un traje lo ha llevado un año, ya no puede prescindir de él.**
**Yo creo que llega a quererlos. No, no lo creo: lo afirmo. El dice que se transforman en algo así como su doble: han tomado su forma, su contextura. Se los pone con comodidad y la tela se ajusta holgada a su cuerpo, sin presiones…**
**Se ha tenido que llevar el traje gris.**

El marrón estaba en la tintorería.
El traje gris lo tiene hace poco tiempo; es todavía un desconocido. Se siente incómodo con él.
¿Dónde estará ahora? Me lo he preguntado cuando, al traer el traje de la tintorería, he procedido a colgarlo en la percha del recibidor.
Cada vez que miro al traje parece que le veo al él.
Le quiero, oh, sí, le quiero.
¿Pueden creer que, al pasar junto al traje marrón de franela de mi marido, a veces me detengo junto a él y le acarició suavemente una manga con la yema de los dedos o el borde del bolsillo superior…?
En ocasiones poso mis mejillas sobre las solapas. Rememoro su aroma.
Y le recuerdo y sé que le quiero.
Cada vez que mi marido se marcha de viaje, esos largos recorridos que duran tres y cuatro meses, me quedo aquí llena de temores.
Fíjense qué cosa tan extraña.
Tan, tan extraña…
Del todo extraña.
Esta mañana, al pasar junto al traje de mi marido, colgado en la percha del recibidor, he advertido algo que, lo confieso, me ha producido un antipático sobresalto…
Sí; he observado que en la solapa izquierda habían aparecido dos manchas: una del tamaño de una moneda, la otra algo más pequeña.
¿Cómo? ¿No se las quitaron en la tintorería? Imposible. La tintorería El Sol no comete errores de esa clase. Por otra parte, lo estuve repasando con detenimiento antes de traerlo a casa.
He barajado todas los hipótesis. Sólo hay una respuesta.
Una respuesta verdaderamente extraordinaria.
He sentido, si no justamente miedo, una corazonada extraña.
Las manchas han aparecido, han brotado, han salido, surgido, aflorado, emergido. Solas.
Tengo un fino olfato. Lo dice siempre él.
He aplicado mi nariz a las manchas; sí, justamente: cordero asado.
El anda por Guadalajara… ¡Qué tontería! He pensado, ¡qué tontería!, que mi marido ha estado en Atienza, ese pueblo donde me cuenta que siempre toma cordero en el mesón de un amigo…
Fíjense qué cosa tan extraña.
Tan, tan extraña…
Del todo extraña.
Por la tarde habían desaparecido las manchas. En su lugar he detectado una tonalidad blanquecina, casi inapreciable. Y olor a quitamanchas K2r.
El es muy cuidadoso; yo diría más: él es muy pulcro… ¡Qué tontería! Figúrense lo que he pensado: él se ha hecho con un quitamanchas por la tarde y ha limpiado su traje.
Estoy muy asustada.
El miércoles, dos días después, he descubierto que le faltaba al traje un botó de la bocamanga derecha.
Me he dado cuenta al anochecer.
Cuando él no está, duermo mal. Y cuando duermo mal, me levanto a deshoras y doy vueltas por la casa…
Estoy muy, muy asustada, sobrecogida. Porque a las cuatro de la

madrugada el botón de la bocamanga estaba otra vez en su sitio…

El hilo no era justamente del mismo color que el del resto de los botones.

El es muy cuidadoso. No tiene nada que ver con esa clase de hombres que, tan sólo para coserse un botón, tienen que recurrir necesariamente a una mujer.

El sabe muy bien pegarse un botón de la bocamanga.

¡Qué extraño! Sí, ¡qué extraño! Pero he pensado que esta tarde se le ha caído un botón en Segovia; se ha dado cuenta, lo ha guardado y, por la noche, antes de acostarse, ha procedido a coserlo.

Sí, él está ahora en Segovia; conozco los lugares que visita cada día. Me deja una copia de sus hojas de ruta para que puede seguir su viaje desde aquí…

No puedo por menos que mirar el traje con cuidado todos los días, a todas horas.

Caminos secundarios empolvados. ¡Debe visitar hasta los pueblos más pequeños! ¿Se dan cuenta ustedes de la clase de viajes que él hace?

Esta mañana el traje estaba lleno de polvo de los caminos. El calor es excesivo para estas fechas. No se pueden llevar las ventanillas del coche cerradas con un tiempo así…

Por la tarde tenía mucho menos polvo, mucho menos…

Está en Sepúlveda.

El es muy ordenado, ya lo he dicho. Lleva un cepillo en la maleta. A mediodía ha procedido a cepillarse. Estoy muy asustada.

Ha ocurrido esta mañana, al incorporarme de la cama para dirigirme de inmediato a ver el traje. Lo he advertido diez metros antes de llegar junto a la percha del recibidor. Tengo un fino olfato.

Me ha dado un vuelco el corazón. He sentido una trémula debilidad en las rodillas.

El traje marrón de franela olía escandalosamente a perfume de mujer… Un olor agresivo y grosero….

Hoy está en Sepúlveda.

Esa es la localidad donde visita una droguería regentada por una joven viuda, rubia platino, de la que me ha hablado a veces.

Sí, con ese tono neutro que utilizan los hombres cuando les gusta una mujer y le hablan de ella a su esposa… Los elogios velados se mezclan a la enumeración de una serie de defectos por los que nadie les ha preguntado…

Me he sentado en una silla… Desfallecida.

Los pasillos de la casa tenían una luz desolada, ajena.

¿Es posible? ¿Es posible que él mantenga alguna clase de relación con otra mujer? No puedo ni imaginármelo.

Pero, ¡qué tontería! ¡Dios mío, qué tontería!

Es tan sólo un traje de franela marrón.

Ya no puedo dormir. Me levanto a cualquier hora para inspeccionar el traje, anhelante.

Recorro con detenimiento sus diversas zonas, los bolsillos, el forro, las costuras…

Cada vez que oigo algún ruido en el recibidor, sonidos normales por otra parte, crujidos o rumores a los que ya estamos acostumbrados desde

hace mucho tiempo, me precipito hasta allí para comprobar si hay novedades…

El olor a perfume persiste desde hace dos semanas…

Todos los días descubro algo.

Martes: varios hilos blancos adheridos a los pantalones.

Miércoles: la espalda de la chaqueta está completamente arrugada.

Jueves: ¡Dios mío! Un pequeño siete a la altura de la nalga izquierda.

Viernes: el siete aparece primorosamente zurcido.

Sábado: en los faldones de la chaqueta se aprecian unas manchas blancas, seguramente de cal o de tiza; tal vez un roce fortuito con una pared… Horas más tarde han desaparecido.

Domingo: ¡Jesús! ¡Otra vez el perfume! Y desagradables manchas amarillentas con residuos secos en la base del pantalón. Algo semejante a… vomitado de borracho. Faltan dos botones de la chaqueta. Todo el traje está excepcionalmente arrugado…

¿Bebe? ¿El bebe? Lo he comprendido en un instante. Ha vuelto desde Salas de los Infantes a Sepúlveda para verla. Se han emborrachado juntos…

Lunes: todo está en orden.

El traje huele a polvo y a perfumes endiablados. Viaja mucho ahora… El tiempo que pierde con ella trata de recuperarlo acelerando el cuentakilómetros…

Estoy deshecha; deambulo por la casa como un fantasma… ¿A quién puedo contarle todo esto?

Además, tengo mucho miedo.

Polvo y perfumes.

Desde cualquier punto regresa a Sepúlveda para verla…

He chillado en el salón; lloro todo el día.

Ha desaparecido el olor a perfumes… Está ya demasiado lejos para poder regresar en una jornada a Sepúlveda.

La espalda de la chaqueta siempre está arrugada. Se pasa mucho tiempo en el coche. Recupera el tiempo malgastado. Estoy muy inquieta…

No salgo a la compra hace tiempo. Me siento de la mañana a la noche frente al traje. Me olvido de comer… Nunca pasa nada si estoy presente.

Me desplazo a la cocina para beber agua, por ejemplo; o voy al baño. De regreso me encuentro con las novedades.

¡Unas gotas de sangre en las solapas, el jueves por la noche!

¿Una hemorragia nasal? ¿Un corte? ¿Un accidente?

Me he mirado en el espejo: estoy pálida y ojerosa. No ocurren cosas y el piso permanece embalsamado por un silencio cargado de presagios.

Han desaparecido las mancas de sangre. ¿Cómo iba a tolerar él una cosa así más de veinticuatro horas?

Las noches son buenas para viajar.

No ocurre nada. ¡No tengo noticias! Tan sólo persisten las arrugas exageradas en la espalda de la chaqueta; los pantalones están hechos una pena…

Ahora surgen manchas diversas con demasiada frecuencia. Se comprende: él debe comer precipitadamente en la carretera. Ha perdido demasiado tiempo con esa loca. ¡Demasiado! Estoy aterrada.

¡Oh, pero tan sólo dos días para que regrese! ¡Qué tonterías! ¡Qué

tonterías!

El viernes, después de dos días depresivos sin poder dormir, me he tumbado en la cama. Me he quedado adormilada, placenteramente, en esa duermevela esponjosa que sobreviene después de una noche de insomnio o durante las mañanas de abril. Un momento laxo y dulce.

A las tres de la madrugada me he despertado estremecida por un abominable sobresalto, con el corazón palpitante y la boca menos dulce.

He oído en sueños (¿ha sido en sueños?) un estrépito horrible, un brusco impacto sordo y metálico, el chillido de algo semejante a los neumáticos de un coche cuando, tras un frenazo súbito, las gomas patinan calientes sobre el asfalto dejando marcada una huella que perdura durante mucho tiempo…

Después, silencio, un agudo silencio llenando la casa de vacío…

Me he levantado desnuda, sí, con la garganta ahogada por una angustia que repercutía locamente en mis sienes.

He corrido por el pasillo.

He oído mis talones retumbantes sobre el entarimado.

He dado la vuelta a la esquina que da acceso al recibidor.

He visto lo que no había del traje.

He chillado, he chillado, he chillado…

Un destrozo feroz en la franela marrón, hecha jirones; más que fragmentos de un traje marrón identificable, desechos de tela desgarrada y colgante, nada reconocible, nada parecido a un amado traje de franela marrón; colgajos de tejido marrón embadurnados de tierra y sangre… No se podía saber realmente si era marrón. Había mucha sangre, aún caliente. No se podía saber si era un traje.

La sangre resbalaba por el papel pintado de la pared, caía fluida por el papel pintado tapando los delicados motivos florales. Hasta el suelo.

Se había hecho un charco sobre el entarimado.

Se oían caer las gotas de sangre sobre el charco de sangre. El sonido resultaba muy particular.

Descendían con un ritmo equilibrado.

Había salpicaduras de sangre en las paredes, en el techo, en la consola, en los retratos familiares.

Por la ventana abierta penetraba la impersonal madrugada de octubre.

La ventana pertenecía al piso décimo; lo dijo en seguida un empleado nocturno del Ayuntamiento señalando hacia arriba con el índice.

Una cabeza demasiado inestable, poco preparada para rechazar sus afanosas decisiones momentáneas.

Una niebla sangrienta le deparó una fulgurante visión de las fachadas.

Se ahogaba. Le recordó. Fue una niña juiciosa.

Un verano estuvo en Santander.

Su madre tenía una verruguita en la mejilla.

Su papá olía a colonia Lucky Strike.

Tuvo un gatito con el pelo dorado.

Se destrozó contra el pavimento. Estaba desnuda. El empleado nocturno del Ayuntamiento tan sólo acertó a decir «¡se ha matado, se ha matado, se ha matado, se ha matado!» mientras corría calle abajo para avisar a alguien…